

## PRECIOS DE SUSCRICION.

En Salamanca, un mes adelantado 2 rs.—3 id. en Provincias.—6 id. en el Extranjero.—Y 12 en Ultramar.

## EL SEMANARIO SALMANTINO,

PERIÓDICO ARTÍSTICO-LITERARIO.

## PUNTO DE SUSCRICION.

Salamanca, calle de la Rua, número 57.  
Anuncios y comunicados á precios convencionales.

## REVISTA DE LA SEMANA.

El carnaval se ha disfrazado; pero tan bien que nadie le ha conocido.

El tiempo de las caretas de tafetan y de carton pasa.

En cambio otras caretas están á la orden del día.

El antifaz de virtud aparente y el manto de plomo de que el Dante nos hace mencion, son el disfras de moda.

Y como este es traje de todo tiempo, nadie extrañará que el carnaval se haya parecido á los demas dias del año.

Sin embargo de esto, forasteros y forasteras han honrado con su presencia nuestras fiestas.

Las bellas hijas de las riveras del Duero, las de la antigua Merobriga, las de Ledesma, y otras cabezas de partido han atraido su belleza entre nosotros.

Los pintorescos trages de nuestras aldeanas se han mezclado con la graciosa mantilla y el elegante sombrero.

Las confiterías han espendido considerable cantidad de chochos.

Los cafés han rebosado de concurrencia.

De todo ha habido, excepto máscaras.

Ni siquiera han faltado escenas y abusos que debieron haberse reprimido.

Pero como esto no es nuevo, á nadie le extraña la benignidad de la policia de Salamanca.

Las comparsas han alegrado las calles y plazas de Salamanca con sus músicas.

La tuna con sus manteos grasientos y destrozados sombreros, ha despertado en nuestra mente la imágen de aquellos estudiantes que á costa de privaciones y sufrimientos, pero siempre con la alegría en el rostro, la fé en el corazon y el saber por norte, daban gloria á su patria y lustre á la escuela de que eran hijos.

Las comparsas y los bailes han sido el resumen del carnaval.

Entre estos el del Liceo ha sido el mas animado.

La concurrencia apiñada en el salon, mas que bailar empujaba, pisaba y gritaba.

El chillido de las máscaras dominaba el ruido de la orquesta.

Se oian bromas por el estilo de estas.

—Tu aqui fulano, y tu mujer en casa?

—Creerás que te está esperando; pero buen chasco te llevas.

—Te las quieres echar de pollo.

—Si, pero por mucha aceite de bellotas que te des no te sale pelo.

—Ya estás mandado retirar.

—Anda, anda á curarte la gota.

El embromado con aire satisfecho.—Bah, como vienen á mi las pollas... cuando uno es un calaveron...

Un gomoso. Dame broma, máscara.

—Mira, aparta que no queremos perder el tiempo.

—Quieres venir á la fonda?...

—A donde debes ir es á buscar la panacea del doctor Garrido á ver si te curas de la *stulitis* crónica que padeces.

El ganoso aparte.—Cursis de seguro.

Otras bromas mas pesadas tuvieron lugar en estas noches.

No las enumeraremos, porque todos los que asistieron á los bailes mencionados lo recordarán.

Despues de la alegría la tristeza.

Despues del estrépito el silencio.

Despues del carnaval la cuaresma.

El ayuno y la maceracion despues del ahito y del placer.

El primer dia de Cuaresma, ó sea el miercoles de ceniza, ha sido el epilogo de las fiestas de Carnaval.

Máscaras, comparsas, carruajes, caballos y espectadores, todos en confuso tropel se dirigieron á Tejares á enterrar la sardina (corrupeion sin duda de *cerdina*, carne de cerdo), simbolo de la abstinencia y del ayuno.

Las nubes de polvo llenaban el ambiente.

Los carruajes y caballos pasaban con rapidez.

Todo esto era la imágen de lo fútiles que son la gloria y felicidad de este mundo; aquel polvo recordaba el antiguo proverbio «acuérdate que polvo eres, etc.»

La rapidez de los caballos y carruajes, el «sic transit gloria mundi.»

Mas al fin se llegaba á Tejares, al Versalles de Salamanca, á nuestro Aranjuez: entonces se veian las tabernas rebosando de gente, las eras y la orilla del rio lleno de niñas *sátiros* y *faunos*, bailando unos, comiendo otros y todos contentos y alegres, empujando de cuando en cuando la corpulenta bota.

Mas ya se terminaron estas diversiones.

Ya pasó el carnaval y empieza la cuaresma.

Hagamos votos para llegar al del año que viene, que despues ya pediremos para otro, segun la frase que en Salamanca se acostumbra.

Un acontecimiento *hidráulico* ha llamado la atencion de Salamanca.

En las inmediaciones del juego de pelota ha brotado una fuente.

Este suceso nos llena de júbilo.

El agua abunda por todas partes; la monumental fuente de la plaza arroja el agua á torrentes; las fuentes menores están llenas del transparente líquido; en la glorieta una nueva fuente rebosa agua; en las calles *agua*, en los balcones *agua*, y hasta en la fonda del teatro del Liceo se trocaba en agua el vino.

Olvidese pues á Moisés que hizo con su vara brotar un manantial.

Despréciese á Ismael que hizo surgir con su planta un pozo de agua transparente en las abrasadas arenas del desierto y dirijamos todos nuestras alabanzas á los que nos han inundado de agua al mismo tiempo que de alegría.

En el corrillo se está construyendo una alcantarilla.

Con este motivo se han hecho escavaciones.

En ellas se han encontrado huesos humanos en abundancia, algunos formando todavia esqueletos.

Un aficionado á las antigüedades ha encontrado un cráneo con toda la dentadura.

El corrillo tiene el aspecto de una necrópolis ó catacumba egipcia.

Proviene esto de la antiquísima costumbre de enterrar los cadáveres en los atrios é inmediaciones de los templos.

Aqui vendria perfectamente una historia terrible en que jugaran un papel importante las calaveras y los huesos; pero el temor de causar ataques de nervios á mis lectores detiene mi pluma.

Me veo precisado en esta revista á hablar á ustedes otra vez de bailes.

En la noche de ayer se verificó otro de máscaras en el casino.

No puedo decir nada acerca de su animacion por que á las diez, hora en que aquel día principio, está ya en prensa nuestro periódico, pero abrigo la seguridad de que habrá de ser de agradables recuerdos para los que asistan á la fiesta y contemplen á las bellas y elegantes damas que con el encanto de su belleza y de sus sonrisas presentarán á la imaginacion de los concurrentes el cuadro de las moriscas zambras que las orientales leyendas nos refieren.

Si nuestras indicaciones han contribuido en algo á conseguir que la sociedad del casino saliera de su apatia, damos públicamente las gracias á la junta de gobierno, no solo en nuestro nombre que humilde es y desconocido, sino tambien en el de las bellas salmantinas que de este modo verán satisfechos sus deseos.

En nuestro colega «La Capa» se aseguró que en breve estará entre nosotros una compañía dramática.

Celebraremos que así suceda.  
Y con esto doy fin á la revista, quedando de Vdes. S. S.

Z.

## EL BARBERO DE TARASCON.

(Conclusion.)

En un abrir y cerrar de ojos Bertrand se desabrochó su blusa y sacó de un bolsillo una carta amarillenta con el sobre sucio dirigida á Pedro, barbero de Tarascon.

—Y bien! dijo Fernandez con aire arrogante quien luchaba contra la tentacion violenta de querer pulverizar á su acusador; ¿que es lo que ese papel puede tener de comun con vuestra necia historia?

—Va V. á saberlo, dijo secamente el viejo: un dia que pasaba yo por la posada, el perronte Sarda, que me seguia, fué á apostarse á la entrada, dando aullidos lastimeros; por mas que yo le llamaba él se obstinaba en quedarse; pensando que el camino más corto seria dejarle entrar para que se asegurase, que su dueño no estaba ya allí, fuí á abrirle la puerta.

Se precipitó el perro á entrar en la casa, olfateó todas las habitaciones, deteniéndose aqui y allí, cuando por fin llegó al rincon donde acostumbraba él á dormir sobre un monton de paja, de donde sacó un pedazo de tela, que mordía con

furor; habiéndole cojido de la boca el harapo medio enmohecido, conocí que era un fragmento de pantalón y comprendí, que el animal se lo debió arrancar al asesino de su amo sin duda por defenderle; era un bolsillo, del pantalón que contenía esta carta.

Si estos indicios le parecen á V. insuficientes, la justicia podrá quizás descubrir algún otro.

Pedro estaba aterrado y con la cabeza baja, no atreviéndose á separar la vista del suelo.

Dos corazones eran presa de una cruel angustia al ver su tristeza y su vergüenza.

Clara, que con las manos juntas y abrumada de dolor, acaba de comprender las miserias de la existencia de este hombre, cuyo carácter inno- ble hasta el crimen tenía, por el contrario unas formas tan delicadas en su trato.

El baron, que apesar de la repugnancia que le causaba el miserable, no podía, al ver la palidez inanimada de su semblante, olvidar que le habia tratado como á su mejor amigo.

—Comandante! dijo por fin el baron con un tono grave é imponente, no voy á dirigir á usted reconvenções, veo que teneis bastante cargada vuestra conciencia; pero es preciso un desenlace á esta historia, ¿que haria V. si le ofreciesen el medio de terminarla por un acto de valor en vez de sufrir la suerte de todo criminal desmascarado?

La vista de Fernandez se iluminó de repente, al levantar con altivez su cabeza.

—Bien, dijo el baron, veo que me habeis comprendido y sacando una pistola de su hola- landa se la entregó al desgraciado.

Este la cogió con viveza y le dijo, quede usted tranquilo, la espacion tendrá lugar en el mismo teatro del crimen; mañana habré paga- do ya mi deuda de sangre, despues se dirigió con paso firme á la puerta.

El tono resuelto y sincero, con que habló no dejaba duda alguna de su decision. Al pasar el umbral de la puerta.

—Fernandez! exclamó Clara.

El se volvió sin dar un paso hácia la jóven.

—Diego ó Pedro yo te he amado y jamas faltaré á mi promesa: nadie borrará de mis labios el beso de desposada. Adios tu muerte será llorada.

Pedro dió un quejido y llevó sus manos á la cara; pero al vacilar sobre sus rodillas vió, al buscar un apoyo para sostenerse, su semblante lívido bañado de lágrimas.

—Adios! un millon de gracias, dijo, dando un paso hácia afuera.

—Adios! sea V. valiente dijo el baron muy conmovido.

Por uno de esos movimientos instintivos, que no se esplican el baron y Clara alargaron sus manos á Fernandez.

—No, dijo este rehusando este testimonio de simpatia, no tendria valor para morir, y abriendo bruscamente la puerta, salió de la posada.

Clara vencida por tantas emociones se cayó desmayada en los brazos de su padre.

X.

Al amanecer del dia siguiente, Pedro se en- contraba junto y la antigua posada del Serbal.

No lejos de esta lúgubre morada habia un grupo de árboles tortuosos; aquí se detuvo; se quitó la levita; hizo la señal de la cruz y apo- yándose contra un árbol, armó su pistola y apuntó á una sien... cuando de repente dejó caer el arma.

Al levantar la cabeza habia visto arrodillado en el umbral de la posada, un sacerdote en actitud de orar. Al ruido que hizo la pistola al caer, el sacerdote se levantó y Fernandez reconoció en él á German, el preceptor de Pablito. Una idea religiosa cruzó por la mente del asesino, y olvi- dándose de la aversion que le tenia, el coman- dante no vió en German mas que al sacerdote y vino á rogarle que le oyera su última confe- sion.

—¿Pero como aqui y en este momento? dijo

German, quien á juzgar por su voz, estaba muy conmovido; vamos á la iglesia del pueblo.

—No, respondió Fernandez, tengo contados los instantes, no puedo perder un minuto y quie- ro morir reconciliado con Dios.

—Bien comandante, aunque no me esplico esta premura ni vuestro temor de morir, no os privaré del auxilio de mi ministerio; hable her- mano mio.

El sacerdote, sentado sobre un tronco de un árbol, inclinó su frente sobre su mano derecha.

—Padre mio, dijo el penitente, que se habia arrodillado, todas las faltas de mi vida se obs- curecen ante una sola... He cometido un cri- men, padre mio, un crimen horrible... hace doce años... aquí... en esta casa... he asesina- do á un viejito...

—Miserable! ¿fuiste tú?... exclamó German le- vantándose horrorizado.

—Padre mio estoy arrepentido, muy arrepen- tido. No soy digno de la misericordia divina? espírame mi culpa hasta dar mi vida... Perdon padre mio.

—Perdon! jamás, jamás, dijo el sacerdote se- parándose de Fernandez con un gesto de repul- sion.

Fernandez permaneció inmóvil en su puesto, como si estuviera petrificado.

—Pues bien! dijo levantando de nuevo su pis- tola con aire resuelto, puesto que vos no que- reis absolverme, veré si Dios es mas clemente!

La mano de German detuvo su brazo, di- ciéndole con voz sofocada.

—Sarda era mi padre!

La sorpresa y el espanto del comandante fue- ron tales, que por algunos momentos creyó que todo era un delirio, se olvidó de su resolucion de matarse y de las circunstancias que le ha- bían impulsado á esta confesion suprema y mi- raba con terror á German, quien con la cara en tierra, rogaba con acentos de desesperacion.

—Cuando éste se levantó, impulsado por una fuerza sobre natural, emanada del cielo, su fren- te estaba serena y su mirada tranquila, su santo ministerio habia triunfado de sus pasiones.

—Continuad vuestra confesion, dijo á Pedro...

—Cuando concluyó, el sacerdote le hechó la absolucion.

—La providencia tiene vias ocultas, dijo Ger- man, obligando al comandante á sentarse junto á sí, ella fué sin duda la que me inspiró el venir á rogar á este sitio. Era capellan de regimiento en España, cuando leí en un periódico la deser- cion de mi hermano y el crimen de que se le acusaba, despues no he vuelto á tener noticias suyas. Vuestra confesion me ha destrozado el co- razon y me ha consolado á la vez, pues sé al me- nos, que mi hermano es inocente. Y V. que pien- sa hacer? le dijo con los ojos bañados en lá- grimas.

—Lo que he prometido, dijo sencillamente el comandante, quien habia contado en la confesion la escena de la noche anterior.

German se levantó y mirando fijamente á Pe- dro le dijo:

—Un suicidio no redime un asesinato; yo no puedo consentir, que pierda V. su alma matán- dose; venga V. conmigo al monasterio de Urgel, allí entre las prácticas austeras y religiosas de hombres mejores que V. adquirirá por el ar- repentimiento y la penitencia el derecho al per- don del Cielo, que es el solo, que puede per- donarle.

—Marchemos, dijo Pedro, subyagado por las palabras del Sacerdote.

XI.

En la casita de campo, que hemos descrito anteriormente, se hallaban reunidos casi todos los personajes de esta historia.

Tres años habian pasado, ninguno habia cam- biado excepto Clara.

Al volver á Ax despues de la escena de las montañas, una fiebre violenta que puso en pe- ligro su vida, atacó á Clara.

Cuando entró en la convalecencia, gracias á los cuidados de su madre, el sacerdote German contó á Clara la escena de la confesion.

Desde entonces parecia que la jóven sopor- taba con mas resignacion el golpe fatal que ha- bia destrozado su corazon: sin embargo al solo nombre de Bertrand se ponía convulsiva. Tris- te y silenciosa como siempre desde su vuelta á Tolosa, Clara estaba sentada en la sala junto á su madre ocupada en bordar.

Pablo estudiaba su leccion de latin.

Apoyado en la misma mesa, en la que habia una lámpara con pantalla verde, el sacerdote German leia un periódico, cuidando que su dis- cípulo estudiase. El baron recorria la sala de un lado á otro mirando con frecuencia á su hi- ja pálida, débil y delgada, que en su semblante tenia impresas las huellas del dolor.

De pronto, en medio del silencio que reinaba en la habitacion, llamaron á la campanilla de la verja; pocos momentos despues, un criado anunció á Bertrand. A este nombre se enrojció el semblante de la jóven, bajando los ojos al encontrarse con la mirada de su padre.

—¿Qué viene hacer aqui, yo no quiero verlo dijo Clara.

Pero el montañés estaba ya en la sala. Con el semblante triste se acercó al baron, le en- tregó un pliego y despues se detuvo ante la jó- ven.

—Señorita! todo se ha concluido, dijo estru- jando el sombrero sobre sus manos... pero ha muerto como buen cristiano, me mandó á lla- mar para pedirme perdon y rogarme que vinie- ra á devolveros vuestra palabra. La jóven dió una vuelta sobre sí misma en el sillón tapán- dose la cara con las manos.

Despues de haber leído la comunicacion que le dirigia el prior del convento de Urgel mani- festando los últimos deseos de Fernandez, el ba- ron se enjugó una lágrima; la primera quizás, mas no la última; cuando se acercó á su hija para prodigarle sus caricias y consolarla al se- pararle las manos.... Habia muerto!

P. Sanchez Ledesma

Sr. D. N. T. G. Está V. complacido. A continuacion insertamos el articulo que, con fecha 16 de los corrientes, nos remite.

LAS CONVERSACIONES DE LOS BAILES.

Os lo digo con ingenuidad, mis queridas lec- toras, me pesa haber ido á los bailes últimos; me pesa haber dicho y oido decir en ellos tantas soberanas tonterias; me *pesan* con in- mensa *pesadumbre* las *pesadas* bromas de al- gunas *mascaritas* que no *pesan* bien lo que dicen; y sobre todo encarecimiento me pesa haber sido espectador y actor de tantas vanas conversaciones.

Porque habeis de convenir conmigo, mis be- llas lectoras, en que las conversaciones que se entablan en los bailes, friamente meditadas des- pues que estos concluyen, aparecen ridiculas y censurables á los ojos de la razon y de la moral.

¿Qué de fingimientos, qué de aduladoras pala- bras, qué de estudiadas frases, qué de preguntas impertinentes y de respuestas ambiguas! ¿Cuan- ta dulzura en los labios y cuanta hiel en los co- razones. ¿Cuanta mentira y cuanto disimulo! ¿Cuántos planes mefistofélicos de amorosas con- quistas, y cuantas esperanzas frustradas de rean- dudar conciertos venturosos! Cuántas desilusiones y cuantos desengaños! ¿Qué de recursos gastados y de ardidés vulgares! ¿Cuanta lisonja, cuanta vanidad, cuanta coqueteria, cuanto orgullo, ba- jo la forma de la admiracion mas entusiasta, de la franqueza mas cordial y de la modestia mas encantadora!

Lo dud de mi ar «pésame,

Un jóv brazo de ban de u tarse in con despu porta un prójimos de algun simpatic bil profes brosa lig liees ma (y)esto e el acento cánico a

Ved a tea cuan de una l un caba corte de nerse e truirse. de litera que la a monóton zarzuela pectivo no poco luego ser tan se acue Z, que fi

¿Porq escuché lomos p tenido la muchacl de la re para log como ap mil asun cosa que Vedle e el baile gusto de ciertas lidad in mo vuel guntas que, ter sias y s salta d deja en

¿No baile ta fea? Pu amiga l ama en que lle sa ciert

¿Qué vanidos rica en y aun vés de cura, ciencia partida y en su mo est manera

«Cie bre sep sus as amor a impera tante

Lo dudais? Exagero? Pues oid, y participareis de mi arrepentimiento y entonareis conmigo el «pésame, Señor.» de mas arriba.

Un jóven estudiante pasea por el salon del brazo de una niña recién puesta de largos. Acaban de walsar, si es que walsar se llama agitarse incesantemente, dando caprichosas vueltas con desprecio de la orquesta que no se les importa un ardite, pero no olvidados de algunos prójimos propietarios de algunos pies víctimas de algunos pisotones. Empieza por decir á la simpática *beldad* el estudiante, que es una hábil profesora de baile, que se mueve con asombrosa ligereza (prévia la vena de los infelices magullados) y que no pierde el compás (y esto es cierto); y concluye por declararle con el acento de la emocion mas profunda el volcánico amor que por ella finge sentir.

Ved aquellos dos jóvenes que salen de la platea cuando principian á oírse los dulces acordes de una linda polka, hábilmente ejecutada. El es un caballero petulante que gasta gafas sin ser corto de vista, y emplea en acicalarse y componerse el tiempo que debiera emplear en instruirse. Acompaña á una muchacha con ribetes de literata y asomos de culparla, que el diablo que la aguante. La música les parece pesada y monótona, y suspiran por la de las óperas y zarzuelas... que conocen de oídas y cuyo respectivo mérito ensalzan con ampulosos términos, no pocos italianos, que suenan mucho. Pasan luego revista á la concurrencia, y se les antoja ser tan poco distinguida que involuntariamente se acuerdan de las brillantes reuniones de X y Z, que frecuentan ambos.

¿Porqué os sonreís, picarillas? Ya entiendo; escuchásteis acaso la conversacion de esos dos *palamos* que se disponen á bailar una redowa? Ha tenido la desgracia el pobre chico de elegir una muchacha *monosilaba*, bienaventurada escepcion de la regla general. Vedle como suda el infeliz para lograr que charle su linda compañera; vedle como apura los recursos de su inteligencia y toca mil asuntos sin obtener por via de respuesta otra cosa que desesperantes «pues, ya, si, no, bien.» Vedle como habla de la animacion que reina en el baile, comparándole con los anteriores, del buen gusto de algunos de los trajes, de la gracia de ciertas bromas, etc. etc., sucediendo á su locuacidad intervalos de congojoso silencio. Vedle como vuelve á la carga con arrojo, formulando preguntas que obtienen contestaciones monosilabas que, terminando el diálogo, acarrearán nuevas ansias y sofocos al pobre chico. Vedle, en fin, como salta de placer cuando, terminada la redowa, deja en el palco á la poco habladora niña.

¿No os choca que aquel cariacontecido *pollo* baile tanto y charle mas con aquella jóven tan fea? Pues yo os explicaré el misterio. La jóven es amiga íntima de la ex-novia del doncel á la cual ama entrañablemente, y este busca el medio de que lleguen á oídos de la chica que le interesa ciertas cosas, tal vez *corregidas y aumentadas*.

¿Qué niña tan bonita la que baila con aquel vanidoso muchacho! Es pobre en bienes, pero rica en virtudes. El se ha propuesto *flecharla*, y aun cuando es de los que miran el amor al través de las mallas de una bien repleta bolsa, procura, y para ello agota los recursos de su elocuencia, aparecer á los ojos de la niña como el partidario mas acérrimo de la escuela contraria; y en su discurso hay periodos tan brillantes como estos dos que se han grabado de indeleble manera en mi memoria:

«Ciertamente el amor agranda y eleva al hombre separándole de todo lo terreno, enalteciendo sus aspiraciones; pero cierto tambien que el amor aun no ha caído de su imperio, no obstante imperar la materia, ni perdido su reino, no obstante reinár el frío é impasible escepticismo.

Cierto que este le presenta batalla, pero cierto tambien que aquel la acepta con firmeza y lucha con serenidad. Ciertamente ante el pedestal sobre que descansa el antiguo Cupido se levanta orgulloso el pedestal sobre que se asienta el Cupido moderno que, despojado de la flecha y de la aljaiba, sus naturales atributos, ase con sórdida avaricia una bolsa á través de cuyo argentino tegido brillan auríferas monedas; pero cierto tambien que ni el combate ha terminado ni el laurel de la victoria descendido sobre la frente del falso dios. Ciertamente, por último, que atravesamos un grande cataclismo en el cual se halla gravemente amenazado el Amor, pero cierto tambien que á los grandes cataclismos suceden, por una imprescindible reaccion, largos dias de calma y bienandanza».

«Es inconstante y voluble la fortuna, y suele acontecer que vuelve el rostro á aquellos á quienes, prospera, brindará con sus engaños atractivos. Por eso cuando el hombre ó la muger fascinados por el brillo de un puñado de monedas, se unen con el lazo inquebrantable del matrimonio, sin que sus almas simpaticen, sin que los latidos de sus corazones se confundan, ¡ay del día, en que la fortuna, desplegando sus alas, abandone el hogar que fuera objeto de sus liberalidades! Al ver como el huésped se aleja, no lo dude V, los esposos se miran contristados y tal vez á la tristeza sucede la desesperacion; y la muger (si fué la rica) ó el marido (si fué el afortunado) convenciéranse entonces jamargo desenganol de que, no el amor, sino la avaricia hábilmente disfrazada, les tendió sus redes. Y crea V., señorita, que por regla general los casamientos á que preside el interés no son felices aun cuando la fortuna sonria á los esposos, porque el oro con todo su poder, jamás llenará el vacío que experimenta el corazón, ni inundará el espíritu de esos placeres puros y santos del hogar doméstico.»

Aquel *pajarraco* sabe que á su pareja *le relucen las espaldas*; conoce los puntos en que cifra su vanidad y pondera su elegante modo de vestir y su talento; aventura algunas frases para decirle que es muy graciosa, no sin cierto temor de que aparezcan como una burla y fracasen sus planes de conquista. Luego hace que recaiga la conversacion sobre lo poco que hoy valen la nobleza y los títulos profesionales para que conozca la niña (sin injuria de la modestia) los rancios pergaminos y la brillante carrera literaria del mancebo con quien baila. Con tan hábil exordio ya se atreve á abordar el asunto que tanto le interesa.

Pero basta: sería este artículo interminable si me propusiera agotar la materia. ¡Cuanto gana la vanidad y cuanto pierde la modestia de la muger en los bailes! ¡Convenis ya conmigo, mis bellas lectoras en que las conversaciones que en ellos se entablan íntimamente meditadas, aparecen ridiculas y censurables á los ojos de la razon y de la moral.

N. T. G.

## VARIEDADES.

Habiéndose publicado ya en este *Semanario* cuatro artículos del Sr. Falcon rechazando la idea de que la Universidad de Salamanca hubiera aprobado ni desaprobado el proyecto del Genovés Colon, puesto que á la Universidad como corporacion no se la encomendó ni hizo tal consulta, nos parece oportuno dar á luz las composiciones ó, mejor dicho, las improvisaciones que algunos vates Salmantinos leyeron en Valcuevo el día 3 de Abril de 1866, cuando el Claustro de catedráticos y Doctores de la Uni-

versidad, visitaron llenos de entusiasmo, el Monumento que á Colon alzara el hoy difunto don Mariano de Solís, de buena memoria para Salamanca y para los que á Colon protegieron en san Esteban y en Valcuevo, y concurrieron con este á dar á España un nuevo Mundo.

## LA VERDAD HISTÓRICA.

SONETOS.

Vióse á Colón en Salamanca un día discutir con maestros y doctores si este sol, con sus gratos resplandores, otro horizonte opuesto alumbraría.

Argüíanle ansiosos á porfía de su saber profundo admiradores, y con gran fé y razones superiores todos los argumentos resolvía.

Aprueba el Claustro, ensalza al extranjero, y entusiasmado el reverendo Deza su influencia promete, que es notoria.

Era este dominico ayo severo del príncipe D. Juan, y de su alteza la Reina confesor; he aquí la *historia*.

E. M. O.

Protegido en la Corte el gran marino osado al fiero piélagos se lanza, é igual en la borrasca y la bonanza deja el *cuidado* á Dios de su destino.

Al temor de su gente en el camino opone su valor y su esperanza, y para España logra sin tardanza conquistar de oro el rico Vellocino.

¡O príncipes católicos dichosos, Teneis á vuestros pies un mundo nuevo, que recibe las aguas del bautismo!

Gloria á vos, á los doctos estudiosos de la Universidad y de Valcuevo (1) y de Deza y Marchena al patriotismo.

E. M. O.

¡Deza! ¡Colon!... sublime sentimiento el numen es de mi discorde lira;

¡Varón preclaro del sin par convento! ingenio inmortal á quien el orbe admira (2) Colon propone un vasto pensamiento: Deza lo aprueba, y á su pró conspira: Y al «Fiat» de Isabet... brota fecundo del proceloso mar un *nuevo* Mundo.

Del claro Tórmes en la verde orilla, grata mansion de Ceres y Pomona, la predilecta industria de Castilla espensas y desvelos galardona.

Siendo de Salamanca maravilla, lo antiguo á lo moderno se eslabona, que si es hija *Zorita* de Valcuevo, hijo es del mundo viejo el mundo nuevo.

Domingo Doncel y Ordáz.

(1) Granja de los Religiosos Dominicos á donde iban en las vacaciones; á donde llevaron á su huésped Colon, y á donde concurrían á conversar con el cosmógrafo, los hombres instruidos y doctos de la Ciudad, de la cual dista legua y media.

(2) Los epítetos de *preclaro é inmortal* se aplican aquí respectivamente á Deza y Colon.

Lease lo escrito en la plancha 1.<sup>a</sup>

